

preparó sigilosamente todo, contando sorprender á San Martín, y recuperar en poco tiempo el reino perdido. Pero esta vez tenía que habérselas con un general más cauto, pues como lo observa un historiador español « los enemigos con quienes » iba á combatir eran muy distintos de los vencidos en Ran- » cagua » (4).

Como se dijo antes, el primer uso que San Martín hizo de su autoridad de generalísimo del Ejército Unido, fué dirigirse en nombre de los aliados al virrey del Perú, proponiéndole la regularización de la guerra y un canje de prisioneros. Este era el objeto ostensible; pero como todos los actos del general de los Andes, tenía su lado misterioso. Además del alcance diplomático que le hemos señalado (véase cap. XVI, § VIII), el propósito principal era abrir relaciones secretas con los patriotas del Perú y penetrar los planes del enemigo. Fijóse para desempeñar la comisión de parlamentario en el mayor argentino Domingo Torres, oficial oscuro, que por lo mismo no despertaría sospechas, pero cuya sagacidad había calado con su habitual penetración de los hombres y de sus aptitudes especiales.

El comisionado de San Martín partió de Valparaíso el 1.º de noviembre en la fragata británica *Amphion* que montaba el comodoro Bowles, y arribó al Callao en circunstancias en que Pezuela se ocupaba de hacer los últimos aprestos de su proyectada expedición contra Chile. Como lo había calculado el general, la negociación sobre la regularización de la guerra y canje de prisioneros no tuvo por el momento ulterioridad; pero llenáronse completamente los objetos de la misión secreta según se explicará en su tiempo. El parlamentario patriota fué recibido por el virrey con aparente cortesía, y alojado en una fortaleza. Gradualmente relajóse esta vigilancia

(4) Camba « Memorias » etc., t. I, p. 266.

y pudo trasmitir á los patriotas la palabra de orden que llevaba, hacerles llegar sus comunicaciones escritas ó verbales y reunir todos los conocimientos que necesitaba. Por este medio obtuvo de la misma secretaría del virrey noticias detalladas sobre la expedición que se preparaba, incluso su plan de invasión. En posesión de estos preciosos datos, regresó á Valparaíso en la misma fragata que lo condujera, en los primeros días de enero de 1818, casi al mismo tiempo que la expedición realista (4 á 15 enero 1818) avistaba las costas de Chile (5). El virrey que había pensado sorprender á su enemigo, lo encontraba, no sólo prevenido, sino al cabo de sus más secretos planes.

III

La nueva expedición preparada contra Chile era respetable, pero no suficiente para ejecutar la ardua empresa de reconquistarlo. Formábanla tres batallones, un regimiento de artillería con diez piezas de campaña, dos escuadrones de caballería y una compañía de zapadores, con armamento de repuesto, que sumaban un total de 3,400 veteranos bien equipados, los que unidos á los 4,700 de Ordóñez en Talcahuano

(5) Antes del regreso de Torres, se tenía ya en Chile noticia de los aprestos de la expedición. Una lancha chilena armada en corso (*N. Sra. de Mercedes*, alias *Fortuna*) había apresado el 24 de noviembre la fragata mercante española *Minerva* y al bergantín idem *Sta. María de Jesús*, procedentes del Callao. Por este conducto se tuvo el primer aviso el 8 de diciembre de 1817, precisamente el mismo día en que las primeras embarcaciones de la expedición partían del Callao. Este anuncio, aunque confuso, dió la primera alarma, así es que, cuando llegó Torres á Valparaíso, ya San Martín estaba prevenido; pero sólo con los conocimientos que aquél trasmitió, pudo el segundo arreglar definitivamente su plan de operaciones, con perfecto conocimiento de causa.

compondrían un ejército de más de 5,000 hombres (6). Hacían parte de ella dos famosos batallones de infantería llegados de la Península, que se habían distinguido en la guerra contra los franceses, — el « Burgos » y el « Infante Don Carlos », — que constituían como los dos tercios de su personal. El resto lo formaban, un batallón de Arequipa, un escuadrón de « Lanceros del Rey », venido de España, y otro de Arequipa, ambos tan bisoños en el arte de cabalgar, que bien merecían la denominación de « maturrangos » que les daba San Martín, pues según testimonio de un general español que presenció sus ejercicios, « los jinetes caían de los caballos que montaban, con notable facilidad » (7). Cuatro navíos y fragatas con 234 cañones y 300 hombres de tripulación formaban la flota expedicionaria, que debía cooperar al plan de invasión concertado en Lima.

El mando de esta expedición fué confiado al brigadier Osorio, el restaurador de Chile en 1814. El virrey Pezuela reincidía en la falta de su antecesor cuando pospuso á Sánchez por Pareja y Gainza, posponiendo á la sazón á Ordóñez, que era el general indicado por sus méritos y por sus cualidades. No era tal vez una gran cabeza militar, y le faltaba sin duda la prudencia necesaria para el mando en jefe, como lo demostró en Curapaligüe y el Gavilán, pero era un gran carácter, tenía el fuego sagrado del guerrero, el ímpetu que lo arras-

(6) Torrente « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, p. 326, dice que la expedición constaba de 3,407 hombres. Barros Arana, refiriéndose á documentos realistas da 3,262 hombres, á saber: Infantería, 2,807; Artillería y zapadores, 454; Caballería, 304. El virrey Pezuela en las instrucciones dadas á Osorio en su oficio al ministro de la Guerra, dice: « Esta » fuerza ascenderá poco más ó menos á tres mil quinientos hombres, » todos bien armados y con un repuesto de municiones superabundante » como lo manifiesta el estado núm. 2..... de suerte que reunido el número del ejército expedicionario con el que defiende á Talcahuano, » asciende el total á cinco mil doscientos hombres de las tres armas, y » diez y siete piezas de artillería. »

(7) Camba « Memorias », etc., t. I, p. 266.

traba á ir siempre adelante y sostenerse á todo trance en las situaciones más difíciles, y precisamente por esto mismo era el único que podía haber desconcertado la estrategia y la táctica metódica de San Martín, como había paralizado el desarrollo de sus planes después del desastre de Chacabuco, reaccionando en el sud y haciendo pie firme en Talcahuano. Contaba por otra parte con la opinión realista del país, y prescindir de él, era privarse de una fuerza é introducir un fermento de división en el ejército expedicionario. Para neutralizar el efecto de tal injusticia, que era á la vez un error, el virrey le confirió el grado de brigadier y le prometió para después del triunfo la presidencia interina de Chile. Pero, lleno de desconfianzas, encargaba á Osorio, que vigilase la conducta sospechosa de los oficiales que habían servido á órdenes del defensor de Talcahuano, y que el abrir su campaña procurase dejarlo relegado al mando de esta plaza ó en Concepción.

El plan de Pezuela reposaba sobre la base del mantenimiento de la posición de Talcahuano, faltando la cual la expedición debía desistir de la invasión y regresar al puerto de Arica (8). En el caso de que continuase ocupado por las armas del rey, contábase efectuar el desembarco por ese punto, y batir de sorpresa al ejército patriota que lo sitiaba, cuya fuerza estimaba en tres mil hombres, limitando su persecución hasta el río Maule. Ejecutada esta operación, y dominada la provincia de Concepción, que guarnecería convenientemente de manera de llamar la atención del enemigo hacia el sud, el ejército realista debía reembarcarse inmediatamente en los buques de la expedición, dirigirse á una de las caletas inmediatas á Valparaíso, y efectuar por ese punto la invasión,

(8) Las noticias que Pezuela tenía de Talcahuano, alcanzaban hasta el 9 de octubre, de manera que ignoraba el rechazo del asalto de 5 de diciembre de 1817.

avanzándose á marchas forzadas sobre la capital, que suponía defendida por muy débiles fuerzas para resistirle. Poniéndose en el caso de que conviniera llevar la invasión por tierra, y tomar por base de operaciones el sud, libraba las eventualidades al juicio de Osorio, recomendándole únicamente reservarse puntos de apoyo para una retirada, celeridad en sus movimientos y « no aventurar sin señaladas » desventajas las armas del rey á una pérdida irreparable » (9).

Este plan era teóricamente bien concebido, en la suposición de que se llenasen todas sus condiciones y que los patriotas, « sorprendidos y aturcidos » según los cálculos de su autor, hiciesen precisamente lo que él se imaginaba. Dueño de la mar, podía elegir su punto de invasión á lo largo de las costas, especialmente entre Talcahuano y Valparaíso, y logrado el primer golpe, el dominio de la capital podía ser su consecuencia. Fallaba, empero en dos puntos capitales: primeramente en el hecho de la sorpresa, irrealizable ya contra un enemigo prevenido, y después, en la debilidad y dispersión de fuerzas que suponía al ejército unido, que como se ha visto constaba á la sazón de 9,000 hombres, y podía poner en campaña de 6,500 á 7,000 de buenas tropas, convenientemente situadas para recibir reunidas la invasión al centro ó al sud del territorio y dar cuenta de ella en una batalla. De todos modos, el plan de invasión estaba burlado.

La expedición zarpó del Callao en los primeros días del mes de diciembre (del 6 al 11.) El 4 de enero (de 1818) avistaron las primeras naves las costas de Talcahuano, y á mediados del mismo desembarcaban las tropas en medio del estruendo de los cañones de las fortalezas que saludaban su llegada. Esta salva fué oída por el ejército patriota á orillas del Itata

(9) Instrucción del virrey Pezuela al brigadier Osorio, cit.

en retirada hacia la capital. Este movimiento hizo comprender á Osorio que su plan de campaña estaba descubierto, y frustrado el proyecto de invasión á inmediaciones de Valparaíso, con la capital por objetivo. No le era ya posible dar alcance al ejército de O'Higgins que le había ganado la delantera, y el reembarco, lejos de proporcionarle las ventajas que se prometiera, no hacía sino dar á los patriotas más tiempo para operar su reconcentración. En ambos casos se encontraría con todas las fuerzas enemigas reunidas en torno de la capital. El general español, irresoluto por naturaleza, sin inspiración ni decisión, carecía de las cualidades necesarias para dirigir con acierto la campaña, desde que tuviese que prescindir de la pauta que el virrey le trazara. Limitóse á mandar bloquear á Valparaíso con su flota, empleó como quince días en engrosar y organizar su ejército en Concepción, y al fin, obedeció como una masa inerte á la impulsión que le comunicaron los jefes que llevaban en su ejército la verdadera voz de mando.

Ordóñez, movido por su natural impetuosidad, era de opinión de abrir inmediatamente la campaña sin perder tiempo en inútiles aprestos, persuadido de que, cuanto más rápidos fueran los movimientos ofensivos más débil sería la resistencia que opondrían los insurgentes, la que en su orgullo miraba muy en menos. Esta opinión encontró un decidido apoyo en el jefe de estado mayor de la expedición, el coronel José Primo de Rivera, joven fogoso, dotado de valor y algunos talentos, pero de poca experiencia militar. Osorio trepidaba en abrir la campaña, pero falto de ideas y de energía para sostener su opinión negativa de permanecer á la expectativa al sud del Maule, se decidió á dar la orden de marcha en los últimos días de enero, sin tener un plan ni una resolución fija, ni siquiera conocimiento de las posiciones y fuerzas de su adversario.

El 12 de febrero las avanzadas del ejército realista se ha-

llaban á inmediaciones de la margen izquierda del Maule, y oyeron cañonazos á la distancia. Era el ejército del sud en retirada conducido por O'Higgins, que celebraba en Talca el primer aniversario de Maipu y el advenimiento de la república chilena independiente.

IV

Los papeles estaban invertidos. Tocaba ahora al general de los Andes defender por mar el territorio que había invadido antes por tierra. El enemigo, dueño de las aguas, tenía á su disposición más de 2,000 kilómetros de costas como él había tenido más de 2,000 kilómetros de cordillera.

Las primeras noticias que de la expedición se tuvieron en Chile (el 8 de diciembre de 1817) no habilitaban á San Martín para trazarse un preciso plan defensivo-ofensivo; pero bien aconsejado por la prudencia adoptó una actitud expectante que proveía á todas las eventualidades. Admitiendo la posibilidad de un desembarco por el norte (por Coquimbo), poca importancia le daba, y se inclinaba á creer que la invasión se efectuase por Valparaíso, con la capital por objetivo. En esta inteligencia escribía oficialmente á O'Higgins (el 12 y 18 de diciembre): « El proyecto del enemigo es probablemente in-
» terponerse entre nuestras fuerzas para batirnos en detalle y
» apoderarse de Valparaíso. Asegure, pues, con tiempo su
» retirada al norte del Maule, tomando por defensa este río.
» Haga retirar con anticipación de Concepción cuanto pueda
» ser útil al adversario. Vengan á este lado familias, subsis-
» tencias de todo género y caballadas. Hecho esto, es imposi-
» sible que ningún cuerpo enemigo subsista allí sin perecer

» de necesidad »(10). Y confidencialmente le decía: « Pu-
» diéndonos dar la mano ese y este ejército, seremos siempre,
» no solamente superiores, sino que podremos caer sobre el
» enemigo y decidir en un solo día de la suerte de Lima »(11). Su proclama en tal ocasión, firmada por él y Balcarce, es característica: « Soldados! Tenemos que daros una agradable
» noticia. Nuestros enemigos los maturrangos preparaban
» una expedición con el objeto de visitarnos. Mucho tiempo
» hace que estamos parados sin hacer nada de provecho.
» Amigos, vamos á tener otro Chacabuco! »

Con arreglo á este plan, O'Higgins emprendió su retirada del frente de Talcahuano así que tuvo la certidumbre de que la invasión se efectuaba por este punto. El 1.º de enero inició su movimiento retrógrado en dirección al norte, rechazando con ventaja en diversos encuentros los ataques que los realistas trajeron sobre su retaguardia. El 20 atravesó el Maule y se situó en Talca, seguido por toda la población del sud. Fué un éxodo á la vez que una retirada. Más de 50,000 personas, llevando consigo sus ganados, acompañaron al ejército, movidos unos por su patriotismo y otros por las órdenes perentorias de O'Higgins, de conformidad con las instrucciones de San Martín. El objeto era hacer el vacío al enemigo, privándolo de recursos de subsistencia y movilidad, y así decía O'Higgins al vecindario: « Nos preparamos á dar el último
» golpe al poder expirante del virrey de Lima: es preciso que
» la sensibilidad ceda á la política y que el sosiego de los
» habitantes se sacrifique á la salud general. El día de la
» restauración universal no está lejos de nosotros: esta cam-

(10) Notas de San Martín á O'Higgins de 12 y 18 de diciembre de 1817, cuyos originales existen en el Arch. del Ministerio de la Guerra de Chile. M. S. S.

(11) Carta de San Martín á O'Higgins, de 11 de diciembre de 1817, pub. por Vicuña Mackenna. « Rel. Hist. »

» paña fijará los destinos de Chile, y acaso también los de
» la América » (12). Y en prueba de la fe que tenía en el
triunfo, hizo proclamar la independencia de la república
chilena.

La independencia de Chile era un hecho, y su declarato-
ria una mera forma; pero en aquellos momentos, á la vez
que un reto á los enemigos, dueños de la mitad del país y de
todas sus costas, importaba determinar el carácter de la lucha
y enarbolar con decisión la verdadera bandera de la revolu-
ción. En la imposibilidad de reunir un congreso nacional que
lo efectuara, ó más bien, para no debilitar la acción del po-
der ejecutivo según los convenios de la alianza argentino-
chilena, dispúsose abrir registros cívicos en que los ciudada-
nos consignaran su voto en pro ó en contra (13 de noviem-
bre 1817). La idea fué acogida con entusiasmo popular, sin
un solo voto por la negativa. Al redactar el acta en que el
hecho se declaraba, algunos políticos estacionarios, que no
se daban cuenta de la importancia de la variación, se limita-
ron á consignar en ella los agravios inferidos á los chilenos
por los españoles y á una protesta de fe católica. O'Higgins,
con su buen sentido y bien inspirado por sus ideas liberales,
negóse á aceptarla, manifestando que esto « importaría pro-
» clamar una religión excluyente y prohibir la inmigración
» de multitud de talentos y brazos útiles que abundaban en
» el otro continente », y que por lo tanto el documento debía
limitarse á « declarar solemnemente la independencia en
» nombre de los pueblos, y hacer saber á la gran confedera-
» ción del género humano, que el territorio continental de
» Chile y sus islas adyacentes, formaban de hecho y de dere-
» cho un Estado libre, independiente y soberano, por siem-
» pre separado de la monarquía española ». Así se hizo, y el

(12) Ofi. de O'Higgins de 22 de enero de 1818. (Docs. del Arch. gene-
ral, Leg. « General del Exto. de los Andes. » M. S.)

Director supremo de Chile suscribió el acta el 1.º de enero de
1817 en su cuartel general de la Concepción, en vísperas de
la invasión. Fijóse en consecuencia la solemne proclamación
en el primer aniversario de la batalla de Chacabuco. El go-
bierno al anunciarla al pueblo le decía : « Se aproxima el me-
» morable 12 de febrero : este día grande, que os recuerda el
» glorioso sacudimiento de vuestra opresión, es también pre-
» parado para fijar la época de nuestra emancipación polí-
» tica » (13).

En el día designado, al amanecer, formáronse las tropas
en la plaza principal, concurriendo el pueblo en masa. En
uno de sus frentes se levantaba un tablado adornado con
banderas chilenas y argentinas unidas y en su centro el retrato
del general San Martín. Al rayar el sol sobre la cordillera
nevada del oriente, visible desde la plaza, enarbolóse la ban-
dera de la nueva nación, saludada por una triple salva de ar-
tillería y los himnos entonados por los niños de las escuelas
á que la multitud hacía coro. Á las nueve de la mañana subió
al tablado la comitiva oficial, presidida por el Director dele-
gado don Luis de la Cruz, llevando en sus manos la bandera
chilena el enviado diplomático de las Provincias Unidas don
Tomás Guido, y el presidente de la municipalidad, la argen-
tina. El fiscal de la Cámara de apelaciones habló al pueblo :
« Váis á proclamar la ley más augusta del código de la natu-
» raleza. Os vais á declarar libres é independientes. Váis á
» franquear vuestros mares al comercio de todas las nacio-
» nes, que atraerán la abundancia y la cultura. Váis á abrir
» á vuestros hijos la carrera del honor. Almas débiles, no
» creáis que este es un paso imprudente y arrojado. El inva-
» riable sistema de la España nos ha convencido en el espacio
» de ocho años, que ya no hay más paz ni tranquilidad para

(13) Bando del Director delegado de 7 de febrero de 1818, en la Gaceta
de Santiago de Chile, núm. 33.

» la América, que la que ella se gane por su esfuerzo y resolución ». Leída el acta de independencia, la juró el Director sobre los santos evangelios, y en seguida el obispo, añadiendo á la cláusula del juramento que « la juraba, porque creía que esa era la voluntad del Eterno ». Interrogado San Martín, si juraba, contestó con voz profunda : « *Si! mucho! mucho!* » Á su vez juró el pueblo postrado de rodillas. En seguida se arrojaron medallas conmemorativas con los motes : *Chile Independiente — Unión y Fuerza* (14).

En el mismo día el ejército del sud, en retirada de Talcahuano, saludaba con sus cañones el aniversario de Chacabuco y el nacimiento de la república chilena, cuyas salvas fueron oídas en el campamento español al sud del Maule. Era la segunda república sud-americana que se fundaba bajo los auspicios de San Martín.

V

Mientras tanto, el ejército español concentrado, abría su campaña y avanzaba sobre la línea del Maule. San Martín persistía empero en creer, que la verdadera invasión se efectuaría por San Antonio, á inmediación de Valparaíso, porque según él, « su objeto debía ser apoderarse de la capital y con ella de la fuente de los recursos. Cuando el enemigo ha meditado una expedición tan importante, agregaba ; cuando ha apurado sus recursos en este esfuerzo, sus miras son empeñar una acción decisiva sobre la capital, y no, hacer desde Talcahuano una guerra lenta ; á más que, en camino

(14) Véase : « Relación de la gran fiesta cívica celebrada en Chile el 12 de febrero de 1818. » foll. — « Papeles del brigadier gral. Guido », p. 8 y sig. — « Gaceta de Santiago de Chile », núm. 33 del 21 de febrero de 1818.

» tan largo y retirados de él con anticipación los auxilios, » no se hace sin nuestra evidencia y sin que tengamos el » tiempo necesario para jugarle en sus marchas mil estratagemas que lo aniquilen antes de presentar acción. Sería » nuestra felicidad, que desembarcando en Talcahuano nos » buscarse por tierra hasta Talca. En este caso le daremos » reunidos un golpe de que jamás convalezca. Nada nos importa perder algunas leguas de terreno como luego tengamos la seguridad de ocuparlo de un modo sólido : reconcentración de fuerzas, y somos invencibles » (15). Adoptando en consecuencia el prudente plan espectante que aconsejaban las circunstancias y proveía á todas las eventualidades, dispuso que el ejército del sud se situase en Camarico, á veinte y seis kilómetros al norte de Talca, con su vanguardia en observación sobre la línea del Maule, mientras con el grueso de las fuerzas atendía á Valparaíso en actitud de operar su reconcentración según se efectuase la invasión por uno ú otro punto.

Fiel á su máxima de que los ejércitos se preparan á la pelea en los campos de instrucción, San Martín trasladó las fuerzas de Santiago, que alcanzaban á más de 4,000 hombres, á la hacienda llamada Las Tablas, situada al sud de Valparaíso y á inmediaciones de este puerto y el de San Antonio (16). De este modo cubría la capital y atendía los dos

(15) Notas de San Martín á O'Higgins de 18 de diciembre de 1817 y 19 y 20 de enero de 1818 : M. S. S. en el Arch. del Min. de Gra. de Chile.

(16) En nota de San Martín á O'Higgins de 12 de diciembre de 1817, que original existe en el Arch. de guerra de Chile, le dice : « La fuerza que tengo á mis órdenes asciende á lo más á tres mil seiscientos hombres » ; pero en un estado formado veinte días después, firmado en el campamento de las Tablas por el general Hilarión de la Quintana, que original tenemos á la vista, se da una fuerza efectiva de 188 jefes y oficiales y 4,447 individuos de tropa, ó sea un total de 4,637 hombres. (Arch. San Martín, vol. LI, núm. 2, M. S.)